

Hafleur, sobre la pendiente más ruda de la línea; tres leguas que las máquinas devoran con un galope de bestias locas que huelen la cuadra. Estaba ya en el Havre rendido de cansancio, cuando la marquesina, llena del ruido y del humo de la llegada, Severina, antes de subir á su casa, corrió á decirle con ademán alegre y tierno:

—Gracias, hasta mañana.

VI

Pasó un mes, y la tranquilidad reinó de nuevo en el cuarto que los Roubaud ocupaban en el primer piso de la estación, por encima de las salas de descanso. En su casa, en las habitaciones de sus vecinos, en aquel reducido mundo de empleados, sometidos á una existencia de reloj por la no interrumpida sucesión de las horas reglamentarias, la vida volvía á deslizarse monótona, y parecía que nada violento y anormal hubiese ocurrido.

La ruidosa y escandalosa causa Grandmorin iba olvidándose poquito á poco, y estaba á punto de sobreseerse por no poder la justicia, al parecer, descubrir al culpable.

Después de una prisión preventiva de otros quince días, el juez de instrucción, Denizet, había pronunciado el no há lugar sobre Cabuche,

sentencia motivada por no resultar contra él cargos suficientes; y ya estaba edificándose una leyenda policiaca muy romántica: la de un asesino desconocido, imposible de ser hallado; un aventurero del crimen, presente en todas partes á la vez, al que achacaban todas las muertes, y que se disipaba como humo, al llegar la policía.

Apenas algunas bromas reaparecían de tiempo en tiempo sobre aquel legendario asesino, en la prensa de oposición, calenturienta por la proximidad de las elecciones generales. La presión del poder, las violencias de los prefectos, le ofrecían diariamente otros motivos en que fundar sus artículos indignados; de tal modo, que como no se ocupaban los periódicos del asunto, había éste desaparecido de la curiosidad apasionada de la masa del público. Ya ni se hablaba de aquello.

Lo que había acabado de tranquilizar á los Roubaud era ver con qué felicidad se había allanado la otra dificultad, la que amenazaba estallar con el testamento del presidente Grandmorin.

Por consejo de la señora de Bonnehon, los Lachesnaye habían consentido por fin en no atacar aquel testamento temerosos de renovar el escándalo, é inciertos también sobre el resultado de un proceso. Y ya en posesión de su legado, eran los Roubaud, desde hacía una semana, propietarios de la Croix-de-Maufras, casa y jardín, tasados en unos ocho mil duros. Decidieron desde luego vender aquella casa de vicio y de sangre que era para ellos una pesadilla, y en la que no se habrían atrevido á dormir, por es-

panto á los espectros del pasado; y querían venderla entera con los muebles, tal como estaba, sin hacer en ella reparaciones, ni siquiera limpiar el polvo. Pero como habría perdido mucho en subasta pública, pues eran pocos los compradores que hubiesen consentido en retirarse allí, en aquella soledad, habían resuelto esperar á que alguien se presentase y se contentaron con colgar en la fachada un inmenso letrero, fácilmente legible desde los continuos trenes que pasaban. Aquel llamamiento en gruesos caracteres, aquel angustioso «Se vende» aumentaba la tristeza de aquellas maderas cerradas y el jardín cubierto de maleza. Como Roubaud se había negado á ir en absoluto, ni siquiera una hora, para tomar algunas disposiciones necesarias, Severina fué allí una tarde, y dejó la llave á los Misard, encargándoles que enseñasen la propiedad si algún comprador se presentaba. Dos horas bastaban para instalarse, pues hasta ropa había en los armarios.

Y como nada ya inquietaba á los Roubaud, dejaban deslizarse los días en una tranquilidad soñolienta. La casa acabaría por venderse, colocarían el dinero y todo se arreglaría á pedir de boca. Además la olvidaban, vivían como si nunca hubiesen tenido que salir de las tres piezas que ocupaban: el comedor, cuya puerta se abría directamente sobre el pasillo; el dormitorio, bastante espacioso, á la derecha, y la cocina, muy reducida y sin aire, á la izquierda. Y hasta delante de sus ventanas, la marquesina de la

estación, aquella pendiente de zinc que les quitaba toda vista, como una pared de cárcel, en lugar de exasperarles como antes, parecía tranquilizarles, aumentaba la sensación de infinito reposo, de paz reparadora en que se hundían.

Siquiera no había vecinos enfrente, no tenía uno delante continuamente espías que husmeasen lo que se hacía ó se dejaba de hacer, y sólo se quejaban al llegar la primavera del calor sofocante, de los reflejos del zinc que cegaban cuando daba el sol sobre la marquesina. Después de la espantosa sacudida que durante cerca de dos meses les había hecho vivir en continua zozobra, gozaban ampliamente de aquella reacción de entumecimiento que les invadía.

Únicamente deseaban no tener que moverse ya, felices al sentirse vivir simplemente, sin temblar ni sufrir. Nunca había sido Roubaud un empleado tan exacto, tan concienzudo; la semana de día, ya en el andén á las cinco de la mañana, sólo subía á almorzar á las diez, bajaba otra vez á las once y seguía hasta las cinco de la tarde, once horas cumplidas de servicio; durante la semana de noche, ocupado desde las cinco de la tarde hasta las cinco de la mañana, ni siquiera tenía el ligero descanso de comer en su casa, pues cenaba en su despacho, y sobrelevaba aquella dura servidumbre con una especie de satisfacción; parecía complacerse en ella, ocupándose hasta de los detalles, queriendo verlo todo, hacerlo todo, como si hallara un olvido en aquella fatiga, una nueva vida equilibrada, nor-

mal. Por su lado, Severina, casi siempre sola, viuda de cada dos semanas una, y sin ver á Roubaud durante la otra semana más que el tiempo preciso de almorzar y comer, parecía ser presa de una fiebre de mujer hacendosa.

Generalmente se sentaba, bordaba, odiaba ocuparse de los quehaceres domésticos, encargados á una anciana, la señora Simón, que venía á asistirles desde las nueve hasta las doce. Pero cuando se vió otra vez tranquila en su casa, con la seguridad de no ser molestada, no cesaba de limpiar y de arreglar los trastos. Sólo se sentaba después de haber dado un vistazo por todas partes. Además, ambos dormían con sueño profundo. En los escasos momentos de intimidad, en las comidas, y durante las noches que dormían juntos, nunca hablaban de la causa; y sin duda habían acabado por creer que ya era cosa terminada, enterrada.

Para Severina sobre todo tornó á ser dulcísima la existencia. Volvieron sus perezas, de nuevo abandonó su casa á la señora Simón, como una señorita educada únicamente en las finas labores de la aguja. Había principiado una obra interminable, un cobertor bordado, que amenazaba ocuparla durante toda su vida. Levantábase bastante tarde, feliz al verse sola en la cama, mecida por las llegadas y salidas de los trenes que marcaban para ella la sucesión de las horas exactamente como un reloj.

En los comienzos de su matrimonio, aquel estrépito violento de la estación, silbidos, cho-

ques de placas giratorias, ruidos espantosos cual los de una tormenta, aquellas trepidaciones bruscas, semejantes á terremotos, que la sacudían y sacudían á los muebles, la habían acostumbrado; la estación, con sus vaivenes, sus prisas y sus emociones, formaba parte de su vida; y ahora complaciase en aquel medio, hablando con la asistenta, con las manos ociosas.

Luego pasaba las tardes sentada delante de la ventana del comedor, casi siempre con su labor caída sobre las rodillas, feliz por no hacer nada. Las semanas en que su marido subía á acostarse al despuntar el día, oíale roncar hasta por la noche. No salía casi nunca, sólo veía del Havre el humo de los talleres vecinos, cuyos gruesos torbellinos negros manchaban el cielo, por encima del techo de zinc que cortaba el horizonte, á algunos metros de donde ella estaba. La ciudad se encontraba detrás de aquella eterna pared; sentíala siempre presente, y su aburrimiento por no verla habíase convertido, á la larga, en un sentimiento dulce; cinco ó seis macetas de alelíos y verbenas que cultivaba sobre el canal de aguas de la marquesina, formaban su jardincito y embalsamaban su soledad.

A veces hablaba de sí misma como de una reclusa en el fondo de un bosque. Únicamente Roubaud, en sus momentos de ocio, pasaba por encima de la ventana, y siguiendo el canal, iba hasta el fin, subía la pendiente de zinc, se

sentaba en lo alto de la cúspide, por encima del Paseo Napoleón, y una vez ya allí, fumaba su pipa, en pleno cielo, dominando la ciudad desparramada á sus pies, las dársenas plantadas de elevadísimos mástiles cual árboles de esplendoroso bosque; el mar inmenso, infinito, de un color verde pálido.

Algunas semanas de absoluta tranquilidad se deslizaron; parecía como que el mismo letargo se hubiese apoderado de los demás matrimonios de empleados, vecinos de los Roubaud.

Cuando Filomena visitaba á la señora Lebleu, apenas si se oía el ligero murmullo de sus voces. Sorprendidas ambas al ver el giro que tomaban las cosas, no hablaban ya del subjefe sino con una conmiseración desdeñosa: de fijo que para conservarle su empleo había ido su mujer á hacer cosas bonitas allá en París; en fin, un hombre ya desprestigiado y que no se lavaría de ciertas sospechas. Y como la mujer del cajero estaba convencida de que después de lo ocurrido no tendrían influencia sus vecinos para apoderarse de nuevo de su cuarto, demostrábales simplemente mucho desprecio, pasaba dándose tono, muy seca, sin saludar. Sin embargo, la señora Lebleu, para ocuparse en algo, continuaba acechando el lío de la señorita Guichon con el jefe de estación, señor Dabadie, sin poder conseguir sorprenderlos juntos. En el pasillo sólo se oía el roce de sus zapatillas de fieltro. Como el entumecimiento se había ido apoderando de unos y otros, toda la vecindad pasó un mes de paz

soberana, cual esos grandes sueños que siguen á las grandes catástrofes.

Un sitio doloroso, inquietante, quedaba en casa de los Roubaud, un rincón del solado del comedor, en el que no podían fijarse sus ojos, ni por casualidad, sin que un gran malestar les turbase de nuevo. Era el reloj y los diez mil francos cogidos sobre el cuerpo de Grandmorin, á más de un portamonedas con unos trescientos francos en oro, escondido todo bajo el friso de roble de la ventana. Aquel reloj y aquel dinero, sólo los había cogido Roubaud para hacer creer que el robo había sido el móvil del crimen; no era él un ladrón, habríase muerto de hambre, según decía, antes que aprovecharse de un céntimo ó de vender el reloj.

El dinero de aquel viejo que había baboseado á su mujer y á quien él había dado su merecido, aquel dinero manchado de lodo y sangre, ¡no! ¡no! no era dinero bastante limpio para que lo tocara un hombre honrado. Y ni siquiera se acordaba de la Croix-de-Maufras, cuyo regalo aceptaba; únicamente el haber registrado á la víctima, aquellos billetes del Banco, arrancados en medio de la abominación del crimen, le repugnaba, sublevaba su conciencia, con un movimiento de desconfianza y de miedo. No obstante, no se había resuelto á quemarlos y tirar una noche al mar el reloj y el portamonedas.

Si la simple prudencia se lo aconsejaba, un sordo instinto protestaba en él contra aquella destrucción. Sentía un respeto inconsciente,

nunca se habría resignado á destruir semejante cantidad. La primera noche la había guardado bajo su almohada, no pareciéndole ningún rincón bastante seguro. Los días siguientes ingenióse en descubrir escondrijos: adoptaba uno nuevo cada mañana, nervioso al oír el menor ruido, temiendo una pesquisa judicial.

Nunca había hecho tal gasto de imaginación. Luego, no sabiendo ya qué astucias inventar, cansado de temblar, tuvo un día la pereza de coger otra vez el dinero y el reloj, escondidos desde la víspera bajo un baldosín; y ahora por nada del mundo hubiera él registrado aquel rincón: era como un lugar de degüello, un hoyo de espanto y de muerte, en donde le esperaban terribles espectros. Hasta evitaba, al andar, poner los pies sobre aquel punto del pavimento; imaginábase recibir como un choque en las piernas.

Severina, por la tarde, al sentarse delante de la ventana, reculaba su silla para no estar precisamente encima de aquel cadáver que conservaban en su solado. No hablaban del crimen entre ellos, esforzábanse en creer que se acostumbrarían á vivir siempre lo mismo y acababan por irritarse cuando sentían aquel testigo, cada vez más importuno, bajo las suelas de sus zapatos. En cambio no les daba cuidado alguno el cuchillo que Roubaud había hundido en la garganta del presidente. No hicieron más que lavarlo y lo dejaron en el fondo de un cajón, de donde lo cogía muchas veces la señora Simón y le servía para cortar el pan.

Además, en aquella paz muerta en que vivía, acababa Roubaud de introducir otra causa de trastorno, aumentada poco á poco, obligando á Santiago á que les visitase con frecuencia. El vaivén de su servicio traía al maquinista al Havre tres veces por semana; el lunes, desde las cinco y treinta y cinco de la mañana hasta las seis y veinte de la tarde; el jueves y el sábado, desde las once y cinco de la noche hasta las seis y cuarenta de la mañana. Y el primer lunes, después del viaje de Severina, el subjefe se había obstinado en convidarle á comer.

—Vamos á ver, camarada, no puede Ud. rehusar el comer una friolera con nosotros.... ¡Qué demonio! ha estado Ud. muy amable con mi mujer, y me parece justo darle las gracias.

Dos veces durante un mes había aceptado Santiago el ir á almorzar con los Roubaud. Parecía como que el marido, moleestado por el silencio que ahora reinaba, sentía cierto alivio cuando podía poner algún convidado entre ellos. En seguida recordaba chascarrillos, hablaba y bromaba.

—¡Hombre, venga Ud. por aquí más á menudo! Ya ve Ud. que no nos molesta.

Una noche, al ir Santiago á meterse en la cama, se encontró al subjefe dando una vuelta por el Depósito; y á pesar de la hora ya avanzada, este último, aburrido por volverse solo á su casa, se hizo acompañar hasta la estación y luego obligó al joven á que subiera á su casa. Severina, aún levantada, leía. Tomaron una copita y ju-

garon á las cartas hasta después de las doce.

Y desde entonces los almuerzos del lunes y las veladas del jueves y sábado convertíanse en costumbre. El mismo Roubaud era quien, si se descuidaba alguna vez Santiago, le acechaba para traerle, reprochándole su descuido.

El subjefe tomaba cada día un aire más tético y sólo con su nuevo amigo tenía ratos de verdadera expansión. Aquel muchacho que tan cruelmente le había inquietado en un principio y que parecía deber serle odioso ahora, se le hacía necesario, quizás justamente porque sabía que no había hablado. Aquello quedaba entre ellos, como un lazo fuertísimo, una complicidad. Con frecuencia, el subjefe miraba al otro con aire entendido y le estrechaba la mano con súbito arranque de cariño, cuya violencia iba más allá de la simple expresión de compañerismo.

Pero más que nada era Santiago una distracción para el matrimonio. También Severina le acogía alegremente, arrojaba una exclamación en cuanto entraba, como mujer á quien despierta un placer. Lo dejaba todo, su bordado, su libro, no cesaba de charlar y de reír, resarciéndose del sombrío letargo en que pasaba los días.

—¡Ah! ¡qué amable ha sido Ud. en venir! He oído el exprés, me he acordado de Ud.

Cuando almorzaba allí, era una fiesta. Ya conocía Severina sus gustos; ella misma salía para comprarle huevos frescos; pero todo ello de buena fe, como una mujer hacendosa que recibe al amigo de casa, sin que aún hubiese más que el

deseo de mostrarse amable y la necesidad de distraerse.

—No se le olvide volver el lunes; tendremos un plato de crema.

Lo que sucedió fué que al cabo de un mes, cuando ya quedó allí instalado, por decirlo así, la separación se agravó entre el matrimonio. La mujer, cada día más, gustaba de dormir sola, inventaba medios para encontrarse allí lo menos posible con su marido; y este último, tan ardiente y tan brutal recién casado y aun después, ningún esfuerzo hacía para conservar á su mujer á su lado.

El la amó primero sin delicadeza, y ella se resignó con aire de sumisión como mujer complaciente, creyendo que las cosas estaban sin duda arregladas de aquella manera; pero sin experimentar ningún placer.

Mas desde el crimen, las relaciones conyugales, sin que supiese por qué, la repugnaban mucho. Quedaba enervada, espantada. Una noche, al quedar encendida la bujía, Severina gritó. Sobre ella, en aquella cara roja, convulsa, creyó ver el semblante del asesino; y desde entonces tembló cada vez más; tuvo, en aquellos momentos, la horrible sensación del crimen, como si su marido se hubiese echado sobre ella con una navaja en la mano.

Era una locura, pero su corazón latía de espanto. Además, Roubaud abusaba de ella cada vez menos, notando que lejos de serla agradable aquello, la molestaba.

Parecía como que la crisis horrorosa que habían atravesado, la sangre vertida, hubiese producido en ellos ese casancio, esa indiferencia y esa hartura que trae consigo la edad. Las noches en que no podían evitar el dormir juntos, permanecían cada uno en una orilla de la cama toda la noche. Y Santiago ayudaba ciertamente á que se consumara aquel divorcio, arrancándoles por su presencia á la obsesión en que estaban sumidos cuando quedaban solos.

Roubaud, sin embargo, vivía sin remordimientos. Sólo había temido las consecuencias, antes que quedase sobreseída la causa; y su gran inquietud era, más que nada, el perder su empleo. Ahora nada sentía. Quizás, sin embargo, si las cosas se hiciesen dos veces, no hubiese comprometido á su mujer en el asunto aquel, pues las mujeres se asustan enseguida y la suya huía de su cariño por haberla él puesto sobre los hombros un peso demasiado considerable. Habría permanecido el amo á no descender con ella hasta la intimidación aterradora y pendenciera del crimen. Pero las cosas estaban de tal suerte arregladas y preciso era conformarse; tanto más cuanto que le era preciso hacer un verdadero esfuerzo intelectual para colocarse en el estado de ánimo en que estaba cuando después de confesarle su mujer la verdad, había juzgado la muerte del presidente como necesaria para su vida. Si no hubiese matado al otro, parecía que le sería imposible vivir. Hoy, que ya había muerto su turia celosa, hoy, que ya no le abrasaba el pecho el

atropello del presidente, invadido por una especie de entumecimiento, como si la sangre de su corazón se hubiese espesado con toda la sangre vertida, aquella necesidad de matar no le parecía ya tan evidente.

Llegaba hasta preguntarse si valía verdaderamente la pena de matar. Además, no era que sintiese arrepentimiento, era á lo sumo una desilusión, el pensar que á veces se hacen cosas terribles para ser feliz, sin lograr por eso más tranquilidad.

El, tan charlatán, se hundía en largos silencios, en reflexiones confusas, de donde salía peor humorado. Todos los días, ahora, para evitar, después de las comidas, el quedarse frente á frente con su mujer, subía sobre la marquesina é iba á sentarse en lo alto del alero; y allí, en medio de las bocanadas de la alta mar, mecido por vagos ensueños, fumaba pipas mirando, por encima de la ciudad, perderse los buques en el horizonte, hacia los lejanos mares.

Una noche despertaron en Roubaud sus terribles celos antiguos. Al ir al Depósito á buscar á Santiago, y cuando le traía para tomar en su casa una copita, encontró, bajando la escalera, á Enrique Dauvergne, el conductor jefe. Este quedó cortado, explicó que venía á ver á Severina para un encargo de sus hermanas. La verdad era que desde hacía algún tiempo perseguía á la mujer del subjefe, con esperanza de vencerla.

Desde la puerta, Roubaud se encaró violentamente con su mujer.

—¿Para qué ha subido ese? ¡Ya sabes que me encocora!

—Pero, hijo mío, es para un dibujo de bordado.....

—¡Ya le darán á él bordado! ¿Acaso me crees tan majadero que no sospeche lo que viene buscando aquí?..... ¡Y tú, cuidadito!

Adelantábase hacia ella con los puños cerrados, y ella retrocedía muy pálida, extrañada por aquel arranque de ira, en medio de la tranquila indiferencia en que vivían uno y otro. Pero por fin se calmó el marido diciendo á su compañero: ¡Hombre, es verdad, mocitos que caen en un matrimonio figurándose que la mujer va enseguida á echarse en sus brazos, y que el marido, muy honrado, hará la vista gorda! Eso me enciende á mí la sangre..... ¡Mire Ud., en un caso así, yo estrangularía á mi mujer, así como lo digo! Y que no recomience el caballerito ese ó le ajusto la cuenta..... ¿Verdad que da asco?

Santiago, muy molestado por aquella escena, no sabía qué hacer ni qué decir. ¿Era acaso un aviso aquella exageración de cólera? Se tranquilizó cuando repuso el subjefe con aire alegre:

—Vamos, tonta, de sobra sé que tú misma lo pondrías á la puerta de la calle..... Anda, danos unas copitas, y echa un trago con nosotros.

Daba palmadas sobre el hombro de Santiago, y Severina, ya serenada también, sonreía á los dos hombres. Luego bebieron juntos, pasaron una hora muy agradable.

Y así fué Roubaud poco á poco echando á su mujer en brazos de su amigo, con la mayor amabilidad, sin parecer pensar en las consecuencias posibles. Aquel arranque de celos fué justamente la causa de una intimidad más estrecha, de toda una ternura secreta, cimentada por confidencias entre Santiago y Severina; pues el maquinista, al visitarla al otro día, la compadeció por haber sido tratada tan brutalmente; mientras que ella, con mirada melancólica, confesaba por la explosión involuntaria de sus quejas, cuán poca felicidad había encontrado en el matrimonio. Desde aquel momento tuvieron un motivo íntimo de conversación, una complicidad de amistad en la que acababan por entenderse con una simple seña.

A cada visita le interrogaba con la mirada para saber si no había tenido ningún nuevo motivo de tristeza, y ella contestaba lo mismo con un simple movimiento de párpados. Después, sus manos se buscaron á espaldas del marido, se envalentonaron, cruzaron sus impresiones con largos apretones, diciéndose con las yemas de sus dedos tibios el interés creciente que tomaban en los más pequeños acontecimientos de su existencia. Rara vez tenían la suerte de encontrarse un minuto fuera de la presencia del marido. Siempre estaba allí entre ellos en aquel comedor melancólico; y nada hacían para evitarlo, ni siquiera pensaban en darse una cita en algún rincón apartado de la estación. Era aquello, hasta entonces, una afección verdadera, un

impulso de viva simpatía, apenas estorbada por el subjefe, puesto que una mirada, un apretón de manos, les bastaba aun para comprenderse hasta en lo más íntimo del corazón.

La primera vez que Santiago murmuró al oído de Severina que la esperaba el próximo jueves á las doce de la noche detrás del depósito, ésta se enfadó, retiró su mano con violencia. Era aquella su semana de libertad, la del servicio de noche. Pero una gran turbación se había apoderado de ella á la idea de salir de casa, de ir á ver á aquel muchacho tan lejos á través de las tinieblas de la estación. Experimentaba una confusión que nunca había tenido, el miedo de las vírgenes ignorantes cuyo corazón late; y no cedió enseguida, tuvo que rogarla durante casi quince días antes que consintiese, á pesar del ardiente deseo que la incitaba á aquel paso nocturno. Empezaba el mes de Junio, las noches se hacían abrasadoras, refrescadas apenas por la brisa del mar. Ya cinco veces la había esperado, confiando siempre en que acudiría Severina á la cita, aunque había rehusado. Todavía aquella noche dijo que no; pero no había luna, hacía una noche de cielo cubierto, en donde ni una estrella brillaba bajo la espesa capa ardorosa que ocultaba el cielo. Y cuando se encontraba de pie en la sombra, la vió venir por fin, vestida de negro, con paso mudo. Estaba tan obscuro, que le habría rozado sin reconocerle si no la hubiese detenido en sus brazos dándole un beso. Lanzó ella un ligero grito conmovida. Luego, risueña, dejó sus

labios sobre los de Santiago. Y fué todo, no quiso sentarse bajo uno de los soportales que les rodeaban. Anduvieron, hablaron en voz muy baja, estrechados uno contra otro. Había allí un vasto espacio ocupado por el depósito y sus dependencias, todo el terreno comprendido entre la calle Verte y la calle François-Mazeline, que cortan cada una la línea de un paso á nivel: especie de inmenso terreno vago, ocupado por vías de resguardo, de depósitos de agua, de construcciones de toda especie, los dos grandes soportales para las máquinas, la casita de los Sauvagnat rodeada de un huertecillo, grande como la mano, las casuchas en donde estaban instalados los talleres de reparación, el cuerpo de guardia en donde dormían los maquinistas y los fogoneros; y nada era más fácil que ocultarse, perderse como en el fondo de un bosque, entre aquellas callejuelas desiertas, con un laberinto de caminitos.

Durante una hora saborearon allí una soledad deliciosa, aliviando sus corazones con palabras amigas, durante tanto tiempo amontonadas, pues sólo quería ella oír hablar de afección; habíale declarado enseguida que nunca se entregaría, que sería demasiado feo manchar aquella pura amistad que tanto la enorgullecía, pues necesitaba ella estimarse por algo. Después la acompañó hasta la calle Verte, sus bocas se juntaron de nuevo en un beso profundo. Y se volvió á su casa.

En aquel mismo instante, en el despacho de

los subjeses, Roubaud principiaba á dormirse, en el fondo de la vieja butaca de cuero, de la que se levantaba veinte veces durante la noche, con los miembros molidos. Hasta las nueve recibía y despachaba los trenes de la noche. El tren de pescadería le ocupaba de una manera especial con sus maniobras, el enganchar vagones y las hojas de expedición, que había que vigilar atentamente. Luego, cuando había llegado el exprés de París y quedaban desenganchados los coches, cenaba solo en su despacho, sobre un ángulo de la mesa, un pedazo de carne fría bajado de su casa, entre dos pedazos de pan. El último tren, un mixto de Rouen, entraba en la estación á las doce y media. Y ya los andenes se hundían en un gran silencio, sólo quedaban encendidos algunos mecheros de gas, la estación entera se dormía, en medio de ese calofrío de la luz media. De todo el personal sólo quedaban en pie dos vigilantes y cuatro ó cinco mozos de tren, bajo las órdenes del subjeje; pero también éstos roncaban á pierna suelta sobre las tablas del cuerpo de guardia, mientras que Roubaud, obligado á despertarles en cuanto ocurría la menor cosa, sólo dormía con un ojo. Por miedo á que le venciese el cansancio al despuntar el día, ponía su despertador á las cinco, hora en que tenía que estar listo para recibir el primer tren de París. Pero á veces, y sobre todo desde estos últimos tiempos, no podía dormir, lleno de insomnio, revolviéndose en su butaca. Entonces salía, giraba una visita y llegaba hasta

el puesto del guarda-agujas, en donde charlaba un rato. El inmenso cielo negro, la paz soberana de la noche, acababan por calmar su fiebre. A consecuencia de una lucha con unos mero-deadores, habíanle armado de un revólver, que llevaba ya cargado en su bolsillo. Y con frecuencia se paseaba así hasta el alba, deteniéndose en cuanto creía ver moverse la menor cosa, continuando su inspección con el vago sentimiento de no tirar; aliviado cuando la luz blanquecina de las primeras horas del día arrancaba de la sombra el gran fantasma pálido de la estación. Ahora que ya era de día á los tres, volvía á echarse en su butaca, en donde dormía con sueño de plomo hasta que su despertador le ponía en pie asustado.

Cada quince días, el jueves y el sábado, Severina iba á ver á Santiago, y una noche, al hablarle ella del revólver que llevaba su marido, quedaron preocupados. Roubaud, hasta entonces, no había ido nunca hasta el Depósito; pero no por eso les parecían menos peligrosos aquellos paseos que daban juntos, y aquel peligro era un doble atractivo. Habían encontrado un rincón delicioso: detrás de la casa de los Sauvagnat, una especie de calle, entre montones enormes de carbón de tierra, como si fuera una calle solitaria de una ciudad extraña, con grandes palacios cuadrados de mármol negro.

Estaban allí completamente ocultos; en el final había una casucha para guardar herramientas, y en un rincón de la misma, cierta cantidad